

su éxodo perecer en masa ante el lago Ascanio, á manos del sultán de Nicea : hecatombe estéril y colosal, que por mucho tiempo recordaron blancas pirámides de huesos, bastantes á erigir los muros de una villa.

Sólo la nobleza sabía guerrear : eminente consagración del feudalismo. Mientras el siervo ara, cultiva, desmonta la tierra, el señor fortifica su brazo, adquiere destreza, ya en los juegos bélicos, ya en el ejercicio de la caza : no soporta el villano el peso de la armadura, ni acierta á regir el noble corcel ; menos aún á organizar y mandar una hueste. Y de tal modo lo comprenden los villanos, que aun la incoherente y heterogénea tropa que pereció cerca de Nicea había elegido por jefe, de común acuerdo, á un caballero que casualmente se hallaba en sus filas, *Gualtero sin hacienda*, al cual tal vez la pobreza movió á unirse con la informe columna humana, y que combatió como un león, hasta caer atravesado por siete flechas. Disipada ya la espuma, deshecho el indisciplinado é inútil ejército de los siervos, avanzan hacia Oriente los tercios briosos y magníficos de príncipes y señores, la flor de la caballería : poetas meridionales, aventureros normandos, héroes de novela y de balada ; Tancredo, el invencible ; Boemundo, de gigantesca estatura y azules ojos ; y, mandando tan lucida cohorte, el descendiente de Carlomagno, el virgen Godofredo, que á pesar de su corta talla podía, de un mandoble, hendir á un jinete desde el casco hasta la silla, y segar de un revés la cabeza de un toro. Detuviéronse los jefes cruzados, henchidos de curiosidad y asombro, en los umbrales de Oriente, en Bizancio, que les brindaba un espectáculo desconocido de las rudas cortes europeas : un emperador retórico, una princesa escritora y filósofa, y, amontonadas en soberbios palacios de mármol y jaspe, preciosidades, joyas del arte y de la civilización greco-romana. Cuando dejaron el oasis bizantino para internarse en el desierto, comenzó el suplicio de las pesadas columnas occidentales, presas en cárcel de hierro que caldeaba un sol de justicia. La sed enloquecía y volvía hidrófobos á los lebreles de caza, los halcones se caían muertos, eriza do el plumaje ; los hombres se disputaban agua pantanosa y repugnantes líquidos ; para colmo de padecimientos-rápidas guerrillas turcas picaban la retaguardia á los cru-

zados : mas éstos no eran ya las desordenadas turbas de Pedro el Ermitaño ; llegaron diezmos, moribundos, pero unidos y en correcta formación á acampar ante el circuito de Antioquía, donde les reservaba su primer lauro la victoria. Terminaba el siglo XI, cuando los cruzados entraron por fin en Jerusalén, el mismo día y á la misma hora en que expiró el Salvador en la cruz. Fué horrible el asedio : sobre las cabezas de los sitiadores había llovido plomo líquido, estopas abrasando, hirviente pez, fuego griego ; mil veces retrocedieron desalentados, lamentando que sus culpas diesen causa á Dios para cerrarles las puertas de la santa ciudad, hasta que reanimándose su ardimiento, les pareció que el celestial caballero san Jorge, embrazado el escudo y lanza en ristre, acudía á auxiliarles, y que las almas de los cruzados muertos combatían á su lado en la muralla. Al tratar de adjudicar la diadema del reino conquistado, verdadera corona de martirio, todos pensaron en el austero Godofredo de Bullón, el perfecto cristiano, único que, una vez rendida la plaza, en lugar de bañarse en sangre sarracena hasta el pretal del caballo, se descalzó y corrió á postrarse ante el Sepulcro de Cristo. Varón tan heroico y humilde no quiso ser llamado rey donde á Cristo ciñeron irrisoriamente de espinas, ni aceptó más título que el de abogado y barón del Santo Sepulcro. Así se alzó de nuevo la cruz en Jerusalén. — « ¡Ay de los creyentes ! » — sollozaba en elegiacos versos el poeta musulmán. — « ¡No queda á nuestros hermanos otro asilo que el lomo de los camellos ó las entrañas del buitre ! »

Poco más venturosa fué la condición de los cristianos que se establecieron en Oriente. Godofredo ganó en breve la palma de mártir, comiendo envenenada fruta, traidor presente de un emir : su hermano Baldovinos, harto más desdichado, se emponzoñó voluntariamente adoptando los hábitos de molicie de los sarracenos, desposándose con mujer pagana, y muriendo al cabo en mitad del desierto, despedazadas las entrañas por agudos dolores. Sosteníase la posesión del reino de Jerusalén, merced á perennes y mortíferas luchas ; los cristianos menguaban, mientras el desierto enviaba á Palestina y Siria musulmanes más numerosos que sus arenas. No era próspero estado el del islamismo al invadir los cruzados á Judea,

antes lo divi an excisiones profundas : el puña de os seides del *Viejo de la Montaña* siendo pesadilla de los emires, degradado el califato de Bagdad, sin fuerzas el del Cairo, desmembrado el de Córdoba, España adelantando en la reconquista y acorralando cada vez más á sus invasores hacia el litoral, todo indicaba la inminente decadencia de los sarracenos; y no obstante, la tierra abrasada de Palestina, concluía con los cristianos, el clima lo enervaba : su propio descuido motivó la entrega de Edesa, donde implacable carnicería proporcionó á los musulmanes cumplidas represalias de Jerusalén. Los cadáveres amontonados en las calles, llegaban hasta las ventanas de las casas ; los obispos fueron degollados; azotado públicamente el patriarca armenio.

Fuerza era que se despoblase Europa, si había de atender á las tristes voces que desde Tierra Santa pedían socorro; si había de vengar la matanza de Edesa, é impedir que los cristianos que aun quedaban en Ultramar sufriesen la misma suerte. Organizóse la segunda expedición al doble impulso de la voz de san Bernardo y de los remordimientos de Luis VII de Francia, ansioso de expiar las crueldades ejercidas en los habitantes de Vitry. Así la cruzada va trasmitiéndose del pueblo á los nobles, de éstos á los reyes y emperadores. Con Godofredo no iba ningún monarca : ahora son el rey de Francia, el César de Alemania Conrado, la reina Leonor, quienes se encaminan, seguidos de doscientos mil hombres, á Judea. Malos hados cayeron á aquella cruzada segunda : vendido por el emperador de Constantinopla, extraviado en los infinitos arenales por los guías griegos, hallóse el ejército latino solo en ignota llanura, sin fuentes, sin hierba para los caballos, rodeado de inmensa muchedumbre de turcos que, — dice el cronista, — ladraban como perros y aullaban como lobos; y hubo de emprender desastrosa retirada, dejando los desfiladeros que atravesó sembrados de muertos. Volviéronse mohinos á Europa los que quedaron vivos para contar la desdicha : todo se había conjurado á motivarla; la rivalidad de Conrado y Luis, la perfidia de Manuel Comneno, la altivez y liviandad de Leonor, el calor insufrible, las pesadas armas, los lentos y flemáticos trotones alemanes, que no podían competir con los fogosos corceles árabes; la necesidad

que experimenta el hombre del Norte de reponer sus fuerzas comiendo y bebiendo, y la imposibilidad de allegar víveres en las infecundas planicies que tuesta y requema un sol de brasa.

Y todo ello fué preludio, no más, de mayores calamidades. En el último tercio del siglo XII aparece el martillo de la cristiandad, Saladino. Vivió el celebrado héroe musulmán hasta los treinta años de su edad envuelto en libertinaje, oscurecido en un serrallo. De repente se apareció grave, compuesto, fanáticamente devoto, sometiendo á Egipto al imperio de Noredino, destronando á los Fatimitas, y, cuando Noredino muere, haciéndose proclamar sultán de Damasco y del Cairo, príncipe de los creyentes : usurpación que presto cohonestó aniquilando el poder cristiano al borde del lago de Tiberiades, apoderándose de la verdadera Cruz, cogiendo prisioneros, — tantos en número que llegó á venderse un caballero franco por un par de babuchas — y, finalmente, penetrando en Jerusalén, que ya nunca acertaron á redimir las Cruzadas posteriores. La pérdida de Jerusalén arrancó á Europa un grito de dolor, otro á san Bernardo. El ascético abad de Claraval, hombre singular que bebía aceite creyendo beber agua, que escribía diez renglones al rey de Inglaterra y diez páginas á un pobre monje, que caminaba una tarde entera á orilla del lago de Lausana, y por la noche solía preguntar dónde estaba el lago, que asociado á todos los grandes sucesos políticos de su época, desdeñaba la mitra y la tiara, que extenuado por el trabajo y la penitencia, á duras penas lograba tenerse en pie, y sin embargo pudo predicar la Cruzada á cien mil hombres, gimió al saber que los triunfos de Saladino malograban el fruto de su labor heroica : — « ¡Por qué, oh Señor, no has perdonado á tu pueblo! » — Apenas parece posible imaginar mayores desventuras que las que planía el santo reformador del Cister : con todo, en el siglo XIII, las Cruzadas ofrecieron espectáculo más triste aún : la muerte de I uis el Santo, el regreso de Felipe el Atrevido trayendo, á guisa de botín de la expedición de Túnez, cinco ataúdes, que encerraban otros tantos cadáveres de individuos de su familia.

Ciego será no obstante el historiador que sólo vea en el magno arranque de las Cruzadas tentativa vana y es-

téril, aborto miserable de una gran empresa, ó á lo sumo ímpetu sublime pero infructuoso. Al convencerse Europa de que las Cruzadas fracasaban, la mente volcánica del español Raimundo Lulio concibió que la guerra no es camino de Jesucristo, y que la victoria del Occidente sobre el Oriente había de realizarse por absorción é imposición científica, por nuestra superioridad religiosa, intelectual y moral: generoso ensueño andantesco que llevó al *Doctor iluminado* á morir muerte oscura, gloriosa ante Dios tan sólo, en abrasada playa del África. Noble, filosófica y alta era la idea del pensador mallorquín, pero prematura: en la Edad media hace la guerra oficio civilizador: contacto violento, choque si se quiere, de dos pueblos, de dos razas, al fin las obliga, mal de su grado, á conocerse, á estudiarse mutuamente. Nunca se armó Europa por más legítimos móviles que para combatir al Islam: el derecho de defenderse supone el de atacar, y si la Cristiandad anduviese remisa en embestir, los mahometanos, obedientes á su dogma de predicar conquistando, se hubieran adelantado á arrojarse sobre ella. Instinto poderoso de conservación compelia al Occidente á salvarse dominando el Asia. Mas, aparte de esta ventaja política, débense otros muchos bienes á las Cruzadas. Abrieron vías al comercio y á la industria: enseñaron á Europa refinamientos aprendidos en Oriente, con que suavizar la tosquedad de sus costumbres y vida; en Bizancio entrevieron los esplendores del arte, y cautivos de su hermosura, lo fomentaron más tarde en su patria; aun moralmente ganaron harto en Palestina los caballeros latinos; volviéronse más humanos, más cortes, más sociables y benignos en todo: al regresar de Palestina, el señor no es ya el bárbaro hosco y cruel; muchos emancipan sus siervos; otros introducen en su hogar delicados y selectos goces; ya no se creen aislados en su señorío, ni aun en Europa; saben que hay más mundo que el Occidente; traen nociones de geografía, han visto nuevas faunas y floras, razas y hombres; se ha ensanchado su antes confusa y mezquina noción del Universo. En suma, y atendida la magnitud, ya que no el carácter, de sus resultados, las Cruzadas fueron tan fecundas como la caída del imperio romano y la irrupción de los pueblos del Norte.

Anima á las Cruzadas un pensamiento elevadísimo, que no alcanzan á eclipsar los excesos y crímenes que las mancharon. Son guerra de penitencia, y expiación; la lucha de la Cruz, el fuego del Purgatorio sufrido en la tierra, según enérgicamente decían los cristianos de entonces. Si vencedores, humíllanse ante el Sepulcro Santo; si vencidos, se maceran, porque imaginan que Dios derrama hasta las heces la copa de la ira, en castigo de sus pecados. Cuando Godofredo recibe á los diputados de Samaría, éstos se asombran de ver á tan excelso príncipe sentado en el duro suelo: y como el monarca les contestase que bien puede la tierra servir de escaño á quien en ella ha de morar después de la muerte, inclínanse exclamando: — « En verdad que merece conquistar el Oriente semejante hombre ». — Consiguen las virtudes de san Luis edificar á los mismos musulmanes, y hacerle moralmente soberano de sus enemigos. Movido de la fraternidad que establecía el nombre común de cristiano entre los que visitaban aquellas apartadas regiones, Ricardo Corazón de León, que no fué ciertamente en su conducta ejemplar, aunque sí bizarro é incomparable paladín, expuso la vida por salvar la de algún infeliz arquero de su ejército: el jefe arranca de la casa paterna al siervo, pero se conceptuaba obligado á velar por él, á defenderlo; el feudalismo afirmaba en Palestina su carácter patriarcal y protector.

Obsérvase en toda guerra un tanto larga curioso fenómeno: á proporción de la sangre vertida, de las trabadas lides, de los padecimientos y privaciones soportadas, mengua, en vez de crecer, el odio recíproco de los adversarios. Esto sucedió en la pugna secular de las Cruzadas: el Occidente se aproximó al Oriente, y disminuyó su mutuo horror. Otro tanto acontecía en España, donde la Cruzada duraba perpetuamente. Príncipes castellanos tomaron esposas árabes; la guerra se hizo, no sólo con tolerancia, sino con hidalga cortesía; el moro no se quedó atrás, y adoptó formas caballerescas; á su vez la ciencia fué terreno neutral en que pacíficamente convivieron invadidos é invasores, y el califato de Córdoba puerta por donde pasaron á Europa los conocimientos de los árabes, Matemáticas, Comentarios de Aristóteles, Astrología y Geografía: todo ello sin que se interrumpiese

la lidia, sin que estuviesen ociosas un punto tizonas y lanzas. Á principios del siglo XIII, las provincias del mediodía de Francia son en costumbres y usos semimoriscas, y hasta en sus vicios y herejías se advierten resabios orientales; Federico II es un sultán árabe; Ricardo Corazón de León ofrece su hermana al sarraceno Malek-Adel, de quien se declaraba compañero de armas. Fué harto provechoso que, cuando apenas existía el derecho internacional, el espíritu caballeresco humanizase la guerra, salvase el honor de las mujeres, la vida de indefensos niños y ancianos, asegurase la observancia de treguas y capitulaciones, la existencia de los prisioneros, é infundiese á los musulmanes ideas que jamás les hubiera sugerido el libro sacro de su fanático profeta. Un trovero contemporáneo nos refiere, en rudo apólogo, cómo Saladino deseó ser armado caballero por el príncipe Hugo, á quien cautivara peleando. Hugo hace que el mahometano peine y alíe sus cabellos y barba: después le ordena bañarse: el Sultán le pregunta el sentido de aquellas ceremonias. — « Señor, ese baño en que te bañas, significa que, así como el niño, limpio de todo pecado, sale de las fuentes bautismales, así debes salir tú sin mancilla, y tomar un baño de honor, cortesía y bondad ». — « Por Alá el grande — responde el sarraceno — que me place el principio ». — Prosigue el trovero narrando las demás fórmulas: á cada rito, Saladino pregunta, Hugo explica: la veste de blanco lino es la pureza que el caballero debe guardar; la roja sobrevesta, la sangre que ha de estar pronto á verter por su fe; el negro calzado, la memoria de la muerte que cura vanidad y soberbia; las espuelas, el deseo de correr en servicio de Dios. Concluída la ceremonia, armado caballero el emir, dícele el cristiano. — « Ahora eres mi compañero y amigo; tengo derecho á pedirte prestado, y te pido la cantidad necesaria para mi rescate ».

Por la iniciación que la precede, por la confraternidad moral que representa, la Orden de Caballería, que se precian de recibir los musulmanes, es fruto del Cristianismo. Buena parte de sus tendencias procede, sin embargo, de la raza germánica, aventurera y andante cual las golondrinas, que salía de los bosques en demanda de altas empresas que acometer, y que en la jerarquía de la

tribu poseyó el germen de la nobiliaria; así como de la raza normanda, los Guiscardos, los Rogerios, que con un puñado de piratas intimidaban á Europa, y con una flotilla de esquifes endebles ganaban un trono; pero el Cristianismo señaló más altos fines á la irreflexiva y feroz valentía de los pueblos conquistadores y les mostró, como objeto de la actividad bélica, no saqueos y estragos, sino la defensa de la religión, la justicia, el amparo de los menesterosos y oprimidos. De tirano pasa el caballero á redentor: admirable metamorfosis, progreso moral que sólo la Iglesia pudo obtener en aquellos siglos. Ideas caballerescas se comunicaron al pueblo: cuando Felipe Augusto, despreciando juramentos prestados sobre los Evangelios, quiere invadir á Normandía, niéganse á seguirle sus vasallos.

Unidas caballería y religión, produjeron los Órdenes militares. Vió el siglo XII surgir milicias extraordinarias, obligadas á la doble pugna de vencerse á sí mismas con la continencia y con las armas á los infieles. Frente al Santo Sepulcro, sirviendo humilde hospicio de palmeros, comenzaron los Hospitalarios de San Juan: su prior Gerardo de Ton les fijó regla y traje: túnica negra, y en el pecho blanca cruz. La región aventurera y entusiasta por excelencia, la Península Ibérica, da ella sola seis órdenes, consagradas en cuerpo y alma á la reconquista; Raimundo de Fitero idea la de Calatrava; los hermanos Suárez y Gómez, aconsejados de un ermitaño, la de Alcántara; los Santiaguistas se proponen defender á los peregrinos que van á Compostela; la confraternidad caballeresca de Évora y Avis reúne á los hidalgos portugueses; Alfonso Enríquez, sintiéndose escudado por luminoso arcángel cuando se mete entre las haces moras á recobrar el estandarte del reino, instituye la de San Miguel. Dedicóse la de Malta á proteger la navegación y el renacimiento del comercio, y fué por espacio de más de un siglo centinela avanzado que impidió al turco lanzarse sobre Italia. Más útil todavía, la Orden Teutónica, establecida en Alemania, bajo la regla de San Agustín, defiende á Europa de las invasiones septentrionales, sojuzgando á las errantes razas de las orillas del Báltico, dando tiempo á la civilización para organizarse y resistir el empuje de los mogoles, hordas sin patria, límite ni

frontera, movedizas como los témpanos de hielo y el polvo de las estepas, y fundando la mayor parte de las ciudades de Prusia : en suma, constituyendo la Alemania del Norte. Célebre entre todas las restantes por su poder, extensión y riqueza, su prestigio poético, su trágica y oscura historia, es la Orden del manto blanco con roja cruz : el Temple. Tan escasa se vió al principio, que en el transcurso de nueve años, no pudo allegar más de nueve miembros; tan pobre, que montaban dos Templarios en un solo caballo; tan dependiente, que el patriarca de Jerusalén les daba habitación cerca del Templo Salomónico, de donde provino el nombre de la Orden. Su regla, austera, mística, belicosa, es obra del apóstol de las Cruzadas, san Bernardo. Él mismo dibuja con trazos enérgicos al templario primitivo : pelo cortado al rape, barba erizada y polvorosa, cutis requemado por el hierro y el sol, jinete en fogoso bridón, incansable campeador, hallando su deleite en las armas y su reposo en las fatigas. Así vivían, en efecto, los individuos de aquella Orden insigne, cristianos por la devoción, por la sobriedad árabes, siempre galopando al través de la inflamada arena del desierto, buscando palmeros á quien escoltar ó sarracenos con quien reñir, reclamando y disputando á los Hospitalarios el derecho de formar la vanguardia en los asaltos y la retaguardia en las retiradas. Era precepto para el templario aceptar siempre el combate, aun hallándose uno contra tres enemigos; no podía pedir cuartel, ni ofrecer rescate, ni entregar un lienzo de muralla ni una pulgada de tierra. — « Id, les exhortaba san Bernardo, expulsad á los adversarios de la cruz de Cristo, seguros de que ni la vida ni la muerte os privarán del amor de Dios. Ante todo riesgo, decid : *vivos ó muertos pertenecemos al Señor...* ¡Gloriosos los vencedores, felices los mártires! » — Temible escuadrón de frailes batalladores, el Oriente tembló ante ellos : y no pudiendo vencerlos, los corrompió, los bastardeó, hasta que en el siglo XIV, las inmensas riquezas de la Orden y la codicia de un rey causaron la perdición total de los que el acero no supo rendir nunca. Y, bien mirado, todavía sorprende que se mantuviese puro tanto tiempo el instituto de los Templarios. Apartados de su patria, dueños de sí mismos, expuestos á todas las tenta-

ciones que en ánimos fogosos engendra la guerra, era su situación estado de violencia perenne. Los caballeros de Europa iban al Asia cuando podían ó querían, impelidos por la piedad ó el remordimiento; luchaban, morían, ó se volvían á su país. Los Templarios se estaban allí fijos, constantes, siempre armados y con el pie en el estribo para salir á rechazar á los árabes : en los breves intervalos de paz, el clima los incitaba al regalo y la pereza, al lujo sensual de Oriente, al abuso de las ricas y curiosas armas, de los muebles opulentos, de los soberbios jaeces, de los refrescos y golosinas; á la posesión del esclavo oriental, sumiso y servil como ninguno. Tenían los señores feudales de Europa vasallos : los Templarios volvieron á Roma y al paganismo, sosteniendo esclavos. Los tesoros que la cristiandad les ofrecía por precio de su sangre y valor, acrecentaron la magna soberbia de la Orden, que llegó á poseer reinos : sus privilegios eximían á los Templarios del fuero común; no había Estado en que no se alzasen, ceñidas y almenadas, sus fortalezas. Degeneraron hasta faltar á sus tradiciones pactando con los infieles, con los más detestables, la secta visionaria y terrible de los *asesinos*. Por tales modos preparó el mismo Temple la catástrofe, miserable fin de su gloriosa historia. Pero ¿es mucho que degenerasen los batalladores, si los contempladores se relajaban también? Para entender la misión de hombres como san Bernardo, hay que considerar las alternativas de fervor y corrupción de las órdenes monásticas, su nacimiento y desarrollo, sus épocas de pureza y zelo, el oficio civilizador que desempeñaron. Desde el principio del Cristianismo, asoman en Oriente los monjes. Fueron los primeros hombres piadosos que, sin abandonar el siglo, vivían en él con rigor y abstinencia, practicando devoción más acendrada : y sin ligarse con voto alguno, solían guardar castidad y permanecer célibes. Pronto la sed de mortificaciones los movió á apartarse del mundo, á sepultarse en las soledades de la Tebaida, pasando de ascetas á anacoretas y ermitaños. En breve, cediendo al prestigio de algún solitario famoso por sus austeridades y virtudes, á al invencible instinto social del hombre, los diseminados penitentes se agruparon, y construyendo próximas unas á otras sus chozas de tierra y ramaje, se juntaron para

rezar, para leer : así tuvo principio la comunidad y se formó el monje. Adelantaron en su idea de asociación : en vez de chozas ó grutas aisladas, construyeron un edificio, vasto, capaz para todos, el cenobio; ya tiene la comunidad duradera forma; sujetáronse voluntariamente á un mismo método de vida, á prácticas, rezos y horas señaladas de antemano : ya existe la regla. Mas no todos los solitarios se ajustaron á tal organización : el desierto servía de asilo juntamente á ermitaños, anacoretas, monjes y cenobitas, y entre los anacoretas mismos, no todos vivían de igual manera : unos imitaban la formidable y célebre penitencia del Estilita, que pasó su vida sobre la estrecha plataforma de una columna; otros se encierran á meditar en grutas sombrías, con tosca cruz de ramas á que sirve de pedestal humana calavera; otros moran en el carcomido tronco del árbol centenario. Hacia fines del siglo IV, la regla de San Basilio unificó algún tanto el instituto monástico. Fué la institución importada á Occidente : arrojado de su silla san Atanasio, retiróse á Roma y le acompañaron varios monjes. En ningún modo formaban éstos parte del clero : se les consideraba enteramente laicos : ni recibían órdenes, ni dependían de la Iglesia más de lo que depende el común de los fieles. Libres y varios en su género de vida, las puertas del mundo no se cerraban nunca para ellos.

Hijos de la tendencia mística y contemplativa del Asia, el Occidente no los conoció al pronto. En vez de la espontánea, popular y ardiente simpatía que acogió ocho siglos después á las órdenes mendicantes, los primeros monjes hallaron, en la sociedad semipagana todavía en que penetraban, repulsión y horror. Habiendo fallecido extenuada por el ayuno la joven penitente Blesilla, el pueblo gritaba en sus funerales : — « ¿Cuándo arrojaremos de la ciudad esta detestable raza de monjes? ¿Por qué no los apedreamos? » — Mas poco á poco se vieron arrancadas las últimas raíces del paganismo : imperó el Cristianismo en las costumbres, y los monjes fueron amados y comprendidos. Adaptáronse ellos á su vez al genio del país en que vivían, y saliendo de la abstracción contemplativa, se manifestaron á sactivos, más sociables que en Oriente. Pero la libertad extremada de su vivir se prestaba al abuso y al desorden. Un italiano, de noble

familia, nacido en momentos desastrosos para Italia, cuando hérulos y ostrogodos se disputaban la posesión de Roma, probó á sujetar á disciplina severa aquellas inconexas falanges. Benito hacía vida eremítica en una caverna, cerca de Subiaco, en la campiña romana; sus actos extraordinarios, el crédito de su austeridad, le atrajeron numerosos discípulos; pero cuando hubo sometido á la severidad del método claustral los sueltos monjes, sucedió un caso horrible : enfadados de su rigidez, trataron unos cuantos de envenenarle en el cáliz. Notable diferencia entre el siglo VI y el XIII. San Francisco de Asís no conoció la amargura de que sus propios discípulos pusiesen asechanzas á su vida.

Perseguido, amenazado, Benito se refugió en Monte Casino, cumbre pagana aún, presidida por el numen de Apolo. Hizo Benito añicos la estatua y fundó un monasterio, donde acabó sus días, y desde el cual publicó y extendió su *Regla* de la vida monástica : reducíase á abnegación, obediencia, y trabajo manual sobre todo : cláusula que señaló á los monjes rumbo civilizador : restaurar la agricultura. El esclavo romano había labrado la tierra por precisa necesidad, maldiciendo la semilla que sus manos arrojaban al surco. Europa, cultivada en las regiones á que alcanzaba el poderío de la república y su organización político-militar, en los puntos abandonados á la libre iniciativa del hombre, conservaba su estéril virginidad, era enmarañado y selvático desierto. Misióneros y labradores á la vez, los monjes prefirieron los sitios incultos y bárbaros, imponiéndose la obligación de roturarlos, desmontarlos y fertilizarlos, porque su regla les enseñaba que la ociosidad es enemiga del espíritu. Los nombres de hartos monasterios, que andando el tiempo fueron emporios de riqueza y amenidad, revelan el primitivo horror del lugar en que se fundaron. Á la obligación del trabajo se unieron los votos perpetuos con el previo noviciado, su consecuencia natural. Hasta entonces, el monje podía, si quería, volver á la vida mundana : y abundaban ciertos *girovagos*, hoy monjes, mañana seglares, escandalosos y holgazanes siempre, que andaban tomando y dejando la penitencia, como se deja el calzado usado para tomar otro nuevo. San Benito fijó aquellos elementos flotantes, instituyó la obediencia, la

renuncia á la propiedad individual. La sabia regla corrió por todas partes, y prevaleció : á fines del siglo VIII, apenas se encuentran más órdenes monásticas que las benedictinas.

Lastimosa era en el siglo VIII la decadencia del clero secular : dueños de pingües haciendas, los clérigos hacían vida enteramente civil y laica; partícipes del ardor belicoso de los bárbaros, emprendían expediciones guerreras; el oro los manchaba, los ensoberbecía el poder. Hasta mediados del siglo VIII van disminuyendo los concilios y apagándose el cristiano fervor. Mas la reforma vino, como siempre, de la Iglesia misma, por medio de los monjes. No se limitaron á cultivar el suelo, á penetrar como pacíficos colonos en las medrosas selvas que la mitología céltica y odínica poblara de terribles y misteriosas divinidades, á desecar los pantanos cuyas emanaciones emponzoñaban la atmósfera, sino que contribuyeron también á purificar el ambiente moral é intelectual. Cada vez se acercaron más á la madre del espíritu, la Iglesia : al principio se constituían libre y espontáneamente : después se habituaron á sujetarse á la inspección de los obispos : y así vinieron á influir de modo indirecto, pero seguro, en la jerarquía eclesiástica. Con lumbre de ciencia ayudaron asimismo á disipar las nieblas de la barbarie. Todo monasterio fué una escuela; en algunos se imponía al novicio la obligación de enriquecer la biblioteca con un libro útil; había monasterios que se comprometían á escribir las crónicas de la villa que los albergaba en su recinto. Mientras corren los siglos de hierro en que Europa enmudece aterrada con las invasiones, la historia sólo habla por boca de los monjes; sólo ellos conservan sosiego y serenidad de ánimo suficiente á redactar los anales de épocas tan agitadas y oscuras : apacibles filósofos, no turbados por las horribles calamidades que los cercan, resucitan la vida intelectual, merced al hábito de meditar, de aspirar al bien inefable, de refugiarse en mundos superiores cuando la tempestad se desencadena en éste. Casiodoro prescribe á los monjes los trabajos literarios; Carlomagno escribe al abad de Fulda para advertirle que no se limiten á prácticas religiosas, sino que cultiven ciencias y letras; en Escocia é Irlanda, los monasterios tienen carácter de

verdaderos colegios de ciencias físicas y naturales, donde se recogen con esmero los fragmentos del saber druídico : un discípulo del monje san Colombano, Virgilio, obispo de Salzburgo, es el primero en afirmar la existencia de los antípodas y redondez de la tierra. Y no olvidemos los inmensos servicios prestados por los monjes como calígrafos, encuadernadores, copistas. Gracias á ellos, llegaron á las modernas generaciones los restos de la civilización latina y griega, los monumentos arcaicos de las literaturas romances. El monje, encorvado desde el amanecer hasta que transponía el sol, sobre el folio de pergamino, gastaba ojos y vida en preservar los tesoros de la humanidad : proverbial llegó á ser el trabajo lento, paciente, erudito, enorme, de los benedictinos. Obrero anónimo y humilde de la ciencia, jamás desmayaba el monje; cuando moría, otro ocupaba su puesto : nunca se interrumpía la cadena. Hasta el siglo XII, monasterios, abadías y capítulos regulares cubren la falta de las universidades, con incansable zelo. Si al pronto difícil de aclimatar, el árbol monástico dió después gallarda muestra de su fecundidad y lozanía. Un suceso dramático y portentoso incitó á Bruno, presbítero de Colonia, á fundar aquella mortificadísima y ascética religión de los Cartujos,—silenciosa como la tumba,—á la cual se debe la conservación y copia de tantos libros y manuscritos. Norberto de Gened, opulento canónigo, vió caer á sus pies un rayo, y estableció los Premostratenses. La devoción que inspiraba la Virgen hizo brotar la Orden del Carmelo. Asquerosa enfermedad oriental, conocida por fuego de San Antonio, produjo los Antonianos, que cuidaban á los atacados de ella. Para redimir á los cristianos que gemían prisioneros de las sarracenos, surgieron Trinitarios y Mercenarios. Á Cluny y el Cister cupo la gloria de predicar la cruzada : eran poderosas órdenes; el superior de Cluny se llamaba *Abad de los Abades* : el Cister contaba entre sus afiliados á las bizarras cofradías militares de España y Portugal : Santiago, Alcántara, Calatrava y Évora. Mal avenido san Bernardo con las riquezas y fausto de los Cistercienses, fundó el instituto más severo de Claraval. Es de advertir que al comenzar san Bernardo su reforma, y lo mismo cuando Roberto de Molesme quiso reintegrar en su pristino rigor y pu-

reza el Císter, los monjes viejos se quejaron, protestando ser imposible tornar al fervor de la primitiva Iglesia : y sin embargo, el porvenir reservaba á santo Domingo y san Francisco.

No fueron solamente los monasterios asilo de las almas puras, sedientas de ideal, que huían del mundo : sirvieron también para rehabilitar, para consagrar el arrepentimiento de los criminales : derramóse el rocío vivificante de la gracia hasta sobre la estigmatizada frente de seres que la sociedad tolera despreciándolos. Roberto de Arbrisel, hombre candoroso y ejemplar, penetró cierto día en una casa infame, y sentándose ante el fuego, comenzó á calentarse los pies. Rodeáronle las cortesanas, creyéndole tan pecador como ellas. El recién venido rompió entonces á exhortarlas, á hablarles de la misericordia divina, á estimular su embotada conciencia. Aquellas desdichadas le siguieron en tropel, y Roberto fundó en el valle de Fontevrault dos monasterios de regla benedictina, uno para cada sexo, sin que su pía simplicidad le permitiese advertir que la cercanía y trato frecuente de los habitantes de ambos monasterios ponía el escándalo al lado de la conversión, el delito al lado de la penitencia. Preciso fué modificar el instituto, pero la empresa de Roberto será siempre rasgo divino de piedad y amor, comentario del tierno episodio de Magdalena en el poema evangélico.

No hay Orden monástica que no encarne y objetive alguna idea moral y civilizadora en grado sumo. En Toscana, una Orden tomó por oficio proteger y hospedar á los viajeros, construir caminos y calzadas; otra se formó en Parma para tender y custodiar un puente sobre ancho río : en Normandía hubo una dedicada á erigir iglesias : sus individuos madrugaban, comulgaban, se reconciliaban con sus enemigos, elegían jefe que los mandase, y emprendían con ardor el trabajo. Los Humillados santificaron, con su existencia activa y santa, la industria más vulgar, la condición artesana; los Servitas dieron el ejemplo de renunciar al mundo, cargarse de cadenas y vivir de limosnas, por pura humildad, por abnegación completa, por amor á la Reina de los mártires. Tantas formas de vida religiosa, tantas manifestaciones de un mismo afecto, son en puridad la nota común, el prin-

pio unitario que el historiador se complace en hallar bajo la diversidad de la Edad media : bien como los que estudian filosóficamente la naturaleza distinguen tras la variedad individual la unidad específica, y sobre la distinción de las especies la armonía general del plan creador.

En las manifestaciones más bellas de la actividad é inteligencia humanas, como son artes y literatura, hallamos, á pesar de la imperfección de los medios técnicos, que está la Edad media regida por la propia ley de unidad. Cuando la obra artística es tal que á una época dada, y sólo á ella, puede pertenecer, es que hay concordancia profunda entre el fondo y la forma, entre el artista y su creación. Hoy logran los artistas preza de maestros en imitar productos de los siglos que pasaron : pero carecen de ideal estético que exclusivamente les corresponda, sobre todo en lo que se refiere á artes plásticas, ya que la literatura y la música sean excepciones de esta regla. No así la Edad media : sus obras llevan sello tan genuino y castizo, que es imposible confundirlas con las de ningún otro período. Á fuerza de ser original, la imitación se le hizo imposible, y queriendo ajustarse al modelo de las letras latinas, no acertó á prescindir de su estilo, á la vez ingenuo, pedantesco y bárbaro. Porque es de notar que en la Edad media, la barbarie artística va acompañada de cierto refinado atildamiento, según es fácil advertir en la poesía de los trovadores. Es el trovador personaje cuya existencia ficticia y romancesca en los dominios de la imaginación hizo olvidar ó eclipsó su personalidad real, no menos poética é interesante. El trovador no pertenecía á determinada clase social, y así podía ser Bernardo de Ventadour, hijo de un siervo, como Teobaldo, conde de Champaña y rey de Navarra : sin embargo, para profesar la gaya ciencia, requeríase estar armado caballero. La poesía trovadoresca es eminentemente laica : tiene otro carácter más : es nacional, y de no serlo, perece. Jamás descuida el trovador las armas por el laúd : y aunque dada la forma elegante y buscada de sus versos, parezca que el trovador anuncia edades de mayor cultura, su musa, en el fondo, es bárbara y feudal. Mientras la Iglesia trabaja por unir, por concertar á Europa, el trovador mantiene vivos los odios de país á país, de raza á raza ; azuza al provenzal contra